

HARRY SIDEBOTTOM



EL REGRESO DEL CENTURIÓN



Para todos, un héroe. Para la muerte, uno más.




ESPASA

HARRY SIDEBOTTOM

EL REGRESO DEL CENTURIÓN

Traducción de Víctor Ruiz Aldana



© Harry Sidebottom, 2020

Publicado originalmente en Reino Unido por Zaffre, un sello de Bonnier Book UK Limited

© por la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© de los mapas del interior, Bonnier Zaffre Art Department

Citas del interior

Pág. 7 © *Las Euménides*, Esquilo. Traducción de Bernardo Perea Morales, Editorial Gredos, 2010.

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-670-6260-1

Depósito legal: B. 5.199-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



PATRIA

609 *AB URBE CONDITA, DESDE*
LA FUNDACIÓN DE ROMA (145 A. C.)

Tan solo un necio o un hombre que no deseara vivir más habría atravesado solo los bosques de La Sila.

Paulo ordenó a las mulas que se detuvieran. El terreno seguía siendo un llano. El trigo casi estaba listo para la cosecha, con unas pocas notas verdes salpicando el dorado. Los amplios senderos se perdían en la distancia. La única amenaza posible sería la que se pudiera encontrar de frente.

Las dos mulas estaban atadas con una cuerda, una detrás de la otra. Paulo soltó las riendas del primer animal y las dejó caer en la calzada. Las mulas estaban bien entrenadas y no echarían a correr salvo que algo las asustase. Paulo miró con atención a su alrededor. La brisa mecía suavemente las espigas. Era lo único que se movía. Ni siquiera vio pájaros atravesando el cielo. Aquel apacible paisaje dormitaba bajo el tórrido sol italiano del mediodía.

Paulo comprobó la carga de la primera mula. Allí era donde guardaba la mayor parte de su botín, discreta-

mente empaquetado y atado. Al poco tiempo, ya satisfecho, se acercó a la otra mula. Además del puñado de posesiones valiosas que llevaba bien escondidas, aquel animal cargaba con el equipaje más mundano: vituallas y bebida, mudas limpias, el escudo envuelto en la funda de cuero para viajes en el costado más próximo a él y sus jabalinas —un pilum ligero y otro pesado—, juntas y amarradas en una tela de cáñamo. El cargamento de aquella mula se había desplazado ligeramente hacia delante.

Después de escrutar el entorno por segunda vez y quitarse el sombrero, Paulo se dispuso a descinchar las múltiples correas que aseguraban la carga; pesaba una barbaridad. Era un hombre menudo, pero joven y vigoroso. Tenía el físico de un campesino, de la persona habituada a deslomarse bajo las inclemencias del tiempo desde una edad temprana. El ejército no había hecho sino proporcionarle más músculo. Tras dejar el cargamento en el suelo, echó un vistazo al lomo de la mula y estiró y alisó la manta. Se tambaleó por el esfuerzo, pero consiguió levantar el fardo y recolocararlo en su sitio. La mula soportó el trajín con la paciencia resignada e infinita que caracterizaba a su especie.

Normalmente, aparejar una mula era trabajo de dos. Cada uno se ponía a un lado, pasaban las cinchas de un lado a otro y exclamaban esas palabras inmemoriales: agarra, encincha, ata. A pesar de estar impaciente por reemprender la marcha, Paulo se tomó su tiempo, sin precipitarse, teniendo cuidado con los cascos de la bestia cuando le rodeó la cola.

Al terminar sudaba a mares. Tomó un pellejo del equipaje y dio un sorbo. A pesar de que al recipiente no

le había dado el sol, el líquido estaba tibio. Seis partes de agua y una de vino, lo suficiente para eliminar impurezas y darle algo de sabor sin llegar a embriagar. Había evitado emborracharse desde los incidentes en las tabernas de Apolonia y Bríndisi durante la vuelta a casa. Fue necesaria la intervención del mismísimo general, Lucio Mumio, para ahorrarle a Paulo las consecuencias del más reciente. Era absolutamente inadecuado castigar a un héroe de guerra, sobre todo si se le había otorgado la corona cívica por salvar la vida de un compañero de batalla.

Paulo recogió el sombrero, lo desempolvó dándole golpecitos en la pierna y se lo caló. Por debajo del ala ancha del sombrero observó el camino que lo esperaba. Las laderas eran de un verde oscuro y estaban repletas de árboles; más allá, en la distancia, se extendían altos riscos envueltos en una bruma añil. Era el momento más caluroso del día y no había un alma a la vista: ni hortelanos en los campos ni viajeros en los caminos. Paulo se recogió la túnica, acarició el amuleto de cobre con la forma de la letra griega zeta que llevaba prendido del cinturón y se tocó la espada, resguardada en la vaina que le colgaba de la cadera. Satisfecho, agarró las riendas y se adentró en La Sila.

Las primeras colinas estaban dispuestas en terrazas y cubiertas de olivos bien separados y hortalizas que medraban entre los troncos. Había un puñado de cabañas y refugios dispersos. A medida que aumentaba la pendiente, la mano del hombre desaparecía y la naturaleza recuperaba lo que le pertenecía. Les llegaba el turno a los árboles, robles y fresnos, castaños y arces que delimitaban los senderos. Las ramas se entrelazaban en las al-

turas y ofrecían un ambiente fresco. Apenas unos pocos rayos de sol conseguían atravesar las copas. Paulo oyó la familiar música de los bosques: el canto de los pájaros —el trino de los gorriones, el arrullo de las tórtolas, el repicar de los carpinteros—, el murmullo de las ardillas y otras criaturas tímidas, el suave crujido y el rumor de las ramas cuando el viento hacía que se rozaran. En el sotobosque, el ambiente estaba cargado con el olor a moho de siglos de turba. Siempre alerta, se percató de la presencia de un corzo que lo observaba aterrado a una distancia prudencial.

Paulo conocía La Sila. Aquellas lomas lo habían visto nacer. Sin embargo, solo se había aventurado tan al norte una vez, y de eso hacía casi tres años, cuando marchó a la guerra acompañado de Alcimo y los demás. Ahora volvía solo, una diferencia a la que prefería no darle más vueltas.

Acababa de cruzar un claro, un pequeño prado natural, y había vuelto a adentrarse en la espesura cuando oyó una respiración grave y entrecortada. La detectó a su derecha, en un punto indeterminado. El corazón le dio un vuelco, pero se detuvo. «Compórtate como un hombre.» Se enderezó y dio media vuelta.

La anciana estaba entre los árboles, medio oculta por una rama baja. Llevaba el mismo vestido negro y harapiiento de siempre, y los cabellos sueltos y desaliñados le serpenteaban hasta caerle sobre los hombros. Esta vez no la acompañaban sus dos hermanas. Estaba sola.

No mediaron palabra. Tenía los ojos inflamados por el reuma. Escrutó a Paulo con una mirada de desprecio y odio.

Paulo seguía con los ojos clavados en la anciana cuando esta se escabulló entre los árboles.

Se quedó paralizado, con la sangre martilleándole en los oídos, sin apartar la vista del lugar en el que la había visto, ciego a todo lo que lo rodeaba.

El chillido repentino de un arrendajo lo sacó de su en-simismamiento. Todo volvió a su estado anterior, antes de que la anciana apareciera. La luz del sol moteaba el camino. Los sonidos habituales del bosque a su alrededor parecían mofarse de él. Hizo ademán de levantar el puño derecho. «No fue culpa mía. No era mi intención. No merezco estar maldito.» Extendió un dedo y fue eliminando todos los pensamientos. Aquel ritual, demasiado repetido, lo calmaba un poco. Tomó aire y se miró la mano. No le temblaba. «Bien. Compórtate como un hombre.»

Al caer la tarde, los árboles caducifolios dejaron paso a pinos y abetos. Trochas estrechas se unían al camino principal. Olfateó un ligero aroma a brea y a madera quemada. Cuando llegaba el invierno, los únicos que permanecían en las zonas altas de La Sila eran parias y salteadores. Sin embargo, con las temperaturas cálidas del verano eran otros los que se ocultaban en la enormidad de sus paisajes. Pastores resueltos, armados hasta los dientes, trashumaban con sus rebaños en las cañadas más remotas. En lo más profundo de los bosques podían encontrarse cuadrillas de carboneros y leñadores, así como esclavos y trabajadores sin tierras encargados de extraer resinas medicinales de los árboles para que los ricos de la lejana Roma pudieran dar sabor a sus vinos.

El sol ya se había ocultado por los riscos occidentales y la luz estaba a punto de desaparecer. El viento se había serenado y la música de la espesura había dado paso a la quietud de la noche. Tordos y otros pájaros cantores se-

guían trinando, emitiendo unas notas claras y puras. Los cazadores furtivos nocturnos habían comenzado a deslizarse entre las hojas caídas y el sotobosque. Paulo se echó una capa ligera por los hombros. Poco más adelante divisó una zorra brincando entre los árboles, preparada ya para su feroz misión.

Se estaba haciendo tarde, pero pronto llegaría a una bifurcación. Uno de los ramales atravesaba las zonas más agrestes de las montañas hasta dar con el nacimiento del Neto y seguir discurriendo valle abajo hasta la costa del mar Jónico, justo al norte de la colonia romana de Crotona. El otro continuaba hacia el sur, hasta su hogar. Acamparía en el punto en que los caminos divergían, ya que le resultaba un terreno familiar.

Aminoró el paso. Algo se movía por el bosque, camino arriba, en algún punto indeterminado hacia la derecha. No se trataba de los pasos amortiguados de un lobo o un gato salvaje, sino de un animal que hacía más ruido que un tejón, pero menos que un jabalí. Solo había un tipo de criatura que acechaba por los senderos de La Sila.

Por debajo del ala de su sombrero, Paulo trató de localizar al hombre que lo vigilaba —estaba bastante seguro de que solamente había uno—, pero no giró la cabeza ni echó a correr. Entonces fue cuando oyó un sonido similar a sus espaldas.

Malas noticias. Malísimas si los bandidos contaban con arcos. Paulo llevaba la armadura cargada en la segunda mula y el escudo atado a un costado. Si los bandidos tenían arcos, ya podía despedirse de todo. La anciana y sus hermanas verían sus deseos cumplidos.

Paulo detuvo a las mulas, se acercó a la primera y le levantó la pata delantera izquierda. Se colocó entre el

animal y los hombres que se aproximaban. Fingió que estaba inspeccionando el casco de la bestia.

Aquel subterfugio era fútil. Los fuertes crujidos del sotobosque y los movimientos bruscos de las ramas indicaban que aquellos tipos no tenían ningún interés en ocultar su llegada. O bien no tenían intenciones maliciosas o estaban absolutamente seguros de sí mismos.

Paulo le bajó la cabeza a la mula principal y le ató el hocico cerca del espolón. Incluso las mulas mejor entrenadas serían incapaces de mantener la calma ante lo que probablemente estaba a punto de suceder.

Si el hombre que emergió a unos treinta pasos camino arriba era inocente, su aspecto le hacía un flaco favor. Unos cabellos largos y una barba descuidada encuadraban un rostro marcado por la brutalidad y una astucia salvaje. Llevaba una espada en la mano.

Paulo se alejó de las mulas y se acercó a uno de los extremos de la vereda para disponer de espacio suficiente. De espaldas a los animales, vio con el rabillo del ojo al otro tipo salir del límite del bosque, poco más allá. Era más joven, con los cabellos rubios y un aire de incertidumbre. También disponía de espada, pero ninguno de los dos llevaba arco.

El salteador mayor se aproximó con lentitud hasta detenerse a unos seis pasos de Paulo. El más joven vacilaba algo más alejado.

—Salud y gran alegría, buen hombre.

El mayor hablaba en latín, pero el acento lo delataba como brucio de nacimiento.

—Esto no tiene por qué acabar en un baño de sangre —respondió Paulo.

—Por supuesto que no. —El hombre sonrió y dejó a

la vista dos filas de dientes deformados y descoloridos, el resultado de toda una vida de abandono y dificultades—. Las posesiones no son más que una carga, y solo lo que das a los demás acaba siendo tuyo de por vida.

—Agradezco el ofrecimiento —dijo Paulo—, pero no codicio nada de lo que lleváis.

El más joven soltó una risita nerviosa.

—Vaya, un comediante ambulante. —El mayor rio sin un ápice de humor—. Llévate las mulas —le ordenó al muchacho.

—Que no se mueva nadie.

Paulo se apartó la capa y dejó al descubierto su espada.

—Un soldado. Y romano, nada menos. —El hombre escupió—. ¿De qué colonia?

—Temesa.

Paulo se quitó la capa y se la enrolló en el antebrazo izquierdo.

—Mi abuelo tenía una granja en Temesa. Se la confiscaron para darles tierras a los de tu calaña.

Paulo se quitó el sombrero y se encogió de hombros.

—Mala idea lo de seguir a Aníbal.

—Eres escoria. Pensaba dejarte vivir.

—Si os vais te prometo hacer lo mismo.

Con un grito sordo, el hombre se abalanzó sobre él. Paulo desenvainó la espada con un único movimiento fluido y arremetió. Aquel contraataque instantáneo desconcertó al bandido, que bloqueó el golpe torpemente y dio un traspie en dirección a las mulas.

Paulo se movió dos o tres pasos a un lado para darle

la vuelta al combate y situarse entre su asaltante y el muchacho.

—¡Rodéalo! —gritó el bandido por encima del hombro.

El chico titubeó.

—¿¡A qué esperas!?

El chico, reacio, empezó a caminar y dio la vuelta sin acercarse a los animales.

A Paulo apenas le quedaba tiempo. Superó la distancia que los separaba, hizo el amago de dar un golpe alto y, en su lugar, le profirió un tajo bajo. El bandido situó su arma en la trayectoria del golpe justo a tiempo. Paulo aprovechó la ventaja, analizando la situación y estoqueando, modificando el ángulo de las embestidas. El salteador apenas estaba entrenado, pero era fornido y rápido, y estaba curtido. Apenas dio un par de pasos y recobró el equilibrio. Una estocada repentina estuvo a punto de atravesar la guardia de Paulo.

Ambos combatientes resollaban. No oían más que el tintineo y el chirriar del acero contra el acero, los golpes secos de las botas y sus propias respiraciones entrecortadas.

A Paulo no le hizo falta mirar para saber que el muchacho se plantaría en sus espaldas indefensas de un momento a otro. No podía esperar más. Si no puedes permitirte una herida, aléjate del acero.

Paulo alzó la espada con la intención aparente de darle un tajo en el hombro. Aquel movimiento lo dejó desprotegido, y el salteador no quiso desaprovechar la oportunidad. Veloz como una víbora, el acero de la hoja salió disparado hacia el estómago expuesto. Paulo desvió la estocada con el antebrazo izquierdo. La hoja le atravesó la capa acolchada, y una punzada de

dolor le recorrió el brazo hasta concentrársele en el hombro y dejarlo sin aliento. Centrado en ignorar la agonía, hizo caer la hoja y notó que el filo atravesaba tendón y hueso de su rival.

No era momento de flaquezas ni de analizar los daños. Paulo apartó al bandido con el brazo herido —otra insoportable punzada de dolor— y se volvió hacia el otro oponente.

El joven lo observaba boquiabierto, paralizado.

—No huyas —masculló Paulo.

El muchacho no se movió.

—Suelta la espada.

El chico miró el arma como si le sorprendiera encontrársela en la mano.

—¡Que la sueltes!

El metal repiqueteó contra la calzada.

—¡Por favor, no me mates!

—Eso depende enteramente de ti.

Paulo alejó la espada de una patada. El muchacho se arrodilló y abrió los brazos como el que suplica en un santuario.

—No te muevas.

Paulo miró de reojo al salteador mayor; seguía vivo. Se había desplomado y, en sus últimos estertores, se agarraba con la mano derecha la terrible herida que tenía en el hombro izquierdo. La sangre le brillaba entre los dedos y se acumulaba en un charco en mitad del camino. Paulo se acercó, lo sostuvo por los cabellos enmarañados, le echó atrás la cabeza y lo degolló.

Sin perder de vista al muchacho, limpió la hoja en una de las pocas partes limpias de la túnica del bandido. El dolor del brazo, que ya había remitido, volvió y lo

obligó a apretar con fuerza los dientes. La sangre se filtraba a través de la capa.

—¡Por favor, no quiero morir!

—Haz lo que te digo y vivirás. Te doy mi palabra.

El chico dejó caer los brazos y agachó la cabeza como un animal a punto de que lo sacrifiquen.

Paulo, sin quitarle ojo a su prisionero, fue a recoger el pellejo de la carga. Se despegó la capa de la herida del brazo y rabió de dolor mientras se lavaba el corte. Era un tajo de los feos, pero se había visto en peores situaciones. Observó el cadáver del bandido. Las partes de sus ropajes que no estaban caladas de sangre mostraban una suciedad inaudita. Paulo rebuscó en su equipaje una túnica limpia y la cortó en dos partes desiguales. La más grande la aprovechó para secar el corte, y no tardó en empaparse de rojo. La pequeña se la enrolló a modo de vendaje improvisado. Desperdiciar de forma tan gratuita una buena prenda iba en contra de todo lo que le habían enseñado. Tardaría tiempo en acostumbrarse a la vida del hombre acomodado.

—¿Estabais solos? —preguntó Paulo.

—No. O sea, sí.

—¿Perdón?

El pavor parecía haberle arrebatado al muchacho el sentido común.

—¿Hay más bandidos por aquí?

—No, por aquí no.

—¿Dónde?

Mientras hablaba, Paulo recuperó las dos espadas que blandían los asaltantes. Estaban desafiladas y oxidadas. Asaltado por la frugalidad de sus orígenes campesinos, las guardó con el resto de sus bienes.

—El campamento está cerca de la calzada de Crotona. El muchacho miró a Paulo y, acto seguido, agachó la cabeza. ¿Mentía o solo estaba aterrorizado?

—¿A cuánta distancia?

—En el paso que hay justo después de atravesar la Petra Haimatos.

Era un lugar factible en una de las zonas más remotas de La Sila. El nombre de la Roca de la Sangre, cubil habitual de ladrones desde tiempos inmemoriales, no era casual. Con todo, el campamento se encontraba a medio día a pie de la bifurcación de la calzada que llevaba a Temesa. Eso si el muchacho decía la verdad.

Paulo hurgó en sus bolsas hasta encontrar la *dolabra*. Examinó la muesca en la punta del pico, las mellas en la hoja del hacha. Era sencillo matar a un hombre con una herramienta así, pero al muchacho no parecía quedarle fuerza alguna.

—Cava una tumba.

Paulo le alargó el pico, pero el joven lo rechazó.

—Me has dicho que no me harías daño.

—Una tumba en la que quepa tu compañero.

—¿Por qué?

—Porque es lo correcto.

—¿Dónde?

—Aquí ya va bien, junto al camino.

Mientras el muchacho trabajaba, Paulo desató y alimentó a las mulas, antes de sentarse y disfrutar de un poco de cecina, queso, pan y una cebolla.

—Por tu acento diría que eres romano —dijo Paulo.

Los ojos del muchacho se giraron hacia él antes de volver a la faena. No respondió.

—¿Cómo has acabado con un salteador brucio?

—Mi padre no volvió de las guerras en Hispania. —Se le notaba una amargura en la voz que no correspondía a su edad—. Mi madre se endeudó. Perdimos nuestras tierras.

—Podrías haber encontrado un oficio decente.

—¿Como jornalero, siempre al servicio de otro?

—Hay veces en las que un hombre debe tragarse el orgullo.

El joven no contestó.

—Podrías haberte enrolado en el ejército.

—Los ciudadanos sin tierras no pueden servir en las legiones.

En ese momento fue Paulo quien no respondió.

Cuando el joven acabó de cavar la tumba, ya había caído la noche. Sin embargo, una luna casi llena iluminaba a franjas el camino. En la lejanía, un lobo aullaba.

Paulo se puso en pie, y entre los dos arrastraron el cuerpo hasta el agujero.

—Quédate con lo que quieras —le ofreció Paulo.

Mientras el muchacho rebuscaba entre las vestimentas raídas del bandido, Paulo observó los restos del hombre que acababa de matar. Arráncale los ojos a tu víctima para que su sombra no pueda verte; córtale los pies para que no pueda seguirte; desgájale la lengua para que no pueda acusarte; cercénale las manos para que el demonio no pueda dañarte. Esa era la tradición, heredada de los griegos y recogida en su literatura. No, no había lugar. No se trataba de un asesinato, sino de un caso de defensa propia. Paulo le había dado una oportunidad. El brucio había lanzado los dados y había perdido.

Paulo sacó una moneda de la bolsa y la depositó entre las mandíbulas del difunto. *Dis manibus*: hasta la región

de las sombras. El bandido podría pagar la tarifa del barquero.

Lanzaron el cadáver a la tumba, y el muchacho empezó a cubrirlo con tierra.

—Te dejaré marchar cuando lleguemos a la calzada de Crotona. —Paulo extrajo del cinturón un puñado de monedas de gran valor—. Cógelas y aprovéchalas para empezar una nueva vida. Te recomiendo que vayas a Roma. Siempre hay trabajo en la construcción, o bien descargando barcos en el puerto.

El joven aceptó las monedas, pero no hubo agradecimiento.

—Y que quede claro —advirtió Paulo—: si vuelvo a verte en La Sila, te mataré.